

Respecto a la traducción inglesa esta es sumamente precisa y ajustada. El criterio es muy regular y sigue estrechamente el texto base. Disentimos, empero, algunas lecturas: no encontramos explicación a la traducción de «*al-munafiqîn*» (p. 338-339) por «the munificent», debida seguramente a un gazapo. Como sucede con los «pleasures of love» por «*al-ladhdhât al-zuhdiyya*», literalmente «los placeres ascéticos», (p. 340-341), ¿proceden ambas lecturas de dificultades visuales? A parte de estas comprensibles erratas, existen algunas muy pocas otras lecturas alternativas que sería muy largo discutir; básicamente son de tipo filosófico. Esta obra está llamada a ser intensamente leída y provocar muchos y muy ricos debates, así lo esperamos.

Tanto es así y tan necesaria es la continuidad de la investigación científica que, a pesar de la gran excelencia de la edición y para añadir al capítulo de *desiderata*, cabe suplicar al prestigioso editor Brill en beneficio de la salud visual de sus lectores, el uso de una tipografía no sólo de mayor tamaño, sino que elimine además la superposición subrepticia de álfes y otras letras mediales con las letras siguientes. Por otra parte, sorprende un tanto, en un texto presentado en inglés el uso de la transcripción alemana del árabe; finalmente, los diccionarios podrían ser más detallados para un mejor aprovechamiento filológico.

En definitiva, llega en fin a nosotros, afortunados, un precioso texto que abre un importante filón para investigadores y amantes de la filosofía en el sentido más amplio. Nunca es tarde si la dicha es buena.

VÍCTOR PALLEJÀ DE BUSTINZA

SOTO BRUNA, M<sup>a</sup> Jesús (ed.), *Metafísica y antropología en el siglo XII*. Pamplona, Eunsa, 2005, pp. 372.

La publicación que presentamos es el resultado del Proyecto de Investigación *Neoplatonismo y causalidad en las primeras metafísica escritas en España (Avicbrón, s. XI – Gundisalvo, s. XII) y su proyección europea*. Esta circunstancia nos indica ya el carácter de la obra que, junto a la temática y los autores colaboradores, hacen que *a priori* esté garantizada la calidad de la presente publicación.

La importancia del contenido del libro no puede estar más de actualidad, al menos, en una doble vertiente: la de la antropología en el pensamiento actual y la historia de la filosofía. Efectivamente, parece más que apropiado en la reflexión antropológica actual buscar fundamentos estructurantes del ser humano. La trama social presente en el pensamiento actual sobre el hombre, en la que se entremezclan elementos epistemológicos, tecnológicos, socio-políticos, programas de investigación científica..., ha profundizado la falla humana del problematismo del siglo XX, en una lectura tecnócrata, bajo el tamiz de teorías científicas. Como argumento para apoyarlo aparece la acusación (modernamente correcta) de que cualquier definición del hombre es «esencialista», lo que, por otra parte, recupera otra falacia argumental, que es la de la negación, de por sí, de la metafísica y toda la tradición que la sustente.

Si para la antropología no está de más estudiar su formulación a lo largo de la historia, mirar el pasado de nuestra tradición más enraizada, también resulta muy pertinente para los estudios de la historia de la filosofía medieval. En este sentido, el tratamiento exhaustivo y complejo de la materia es muy ejemplar, pues aparecen representados diversas escuelas filosóficas presentes en el siglo XII, superando ciertas dicotomías psicológicas de tradiciones que en su tiempo, en lo esencial, no dejaban de interactuar.

La obra, en palabras de su editora, María Jesús Soto, en su precisa *Introducción* (pp. 9-31): «nació con la pretensión de recoger algunas aportaciones de especialistas en filosofía medieval que explicasen las contribuciones de autores significativos (principalmente del siglo XII, o autores anteriores cuya obra estuvo presente en ese siglo) en aras a la constitución de la metafísica

como ciencia en el siglo XIII» (p. 11). Efectivamente, esta obra colectiva cuenta con la presencia de un elenco de autores realmente de primera magnitud en el estudio del pensamiento medieval.

El libro, para cumplir sus propósitos, se divide en dos partes referidas a la metafísica y la antropología respectivamente. La *Primera Parte* «Configuración altomedieval de la metafísica» (pp. 35-230) está constituida de ocho estudios que van aquilatando, desde diversas perspectivas, distintos aspectos de la constitución metafísica en el renacimiento medieval del siglo XII. El primero de ellos versa sobre «La aportación de la Escuela de traductores de Toledo a la reconstitución de la metafísica en el siglo XII» (pp. 35-67). Su autor, Serafín Vegas, es un verdadero y reconocido especialista en esta materia. Por lo que su aportación no solo es exacta y bien documentada, sino también didáctica. Resulta interesante ver cómo la llamada Escuela de traductores de Toledo fue, sobre todo a través de Gundisalvo, introduciendo los elementos de reflexión de la filosofía árabe (destacando la metafísica de Avicena) en contraposición con la metafísica cristiana, en concreto, el neoplatonismo de los autores franceses de Chartres. Así, se fue insertando la metafísica aristotélica en la pregunta sobre la realidad de ese momento y poniendo las bases a las problemáticas a las que tuvieron que enfrentarse los especuladores del siglo XIII.

No menos interesante resultan los dos siguientes estudios centrados en la vertiente de la filosofía musulmana y su contribución a la construcción altomedieval de la metafísica en occidente. El profesor Rafael Ramón Guerrero nos ofrece en «Sobre el uno y la unidad en la filosofía árabe: un apunte historiográfico» (pp. 69-80) una breve e intensa reflexión relativo a uno de los temas claves de toda especulación metafísica desde la filosofía árabe. A partir de una reciente obra concerniente a la influencia de la cuestión sobre el Uno y lo múltiple en el siglo XII (A. Fidora y A. Niederberger (eds.), *Vom Einen zum Vielen. Der neue Aufbruch der Metaphysik in 12. Jahrhundert. Eine Auswahl zeitgenössischer Texte des neoplatonismus*), el profesor de la Universidad Complutense remata la visión de la obra, con la aportación que realizaron los filósofos árabes desde la *Metaphysica* de Avicena y el *Fons vitae* de Ibn Gabirol, pasando, sobre todo y aquí radica el interés, a los autores, que aún conocidos, no son del todo reconocidos respecto de lo aquí tratado. Es el caso de la contribución de al-Kindî, Abû Nasr al-Fârâbî o al-Tawhîdî... En fin, un arsenal filosófico que no pueden desdeñar no sólo los que estudian la filosofía judeo-árabe, tan en boga hoy, sino los que centran su atención en la tradición cristiana. Lógicamente, esta aportación se hace más patente en los autores más sobresalientes como son Avicena y Averroes. En este sentido, el estudio del arabista y, también, profesor de la universidad madrileña, Josep Puig Montada, titulado «Necesidad y posibilidad, Avicena y Averroes» (81-107) es un paso más en el estudio y profundización de la influencia de la filosofía árabe en la conjunción de las tradiciones platónicas y aristotélicas en la constitución de la metafísica.

Cuando uno repasa la filosofía del siglo XII, no puede, por menos, que pensar en las escuelas francesas, como San Víctor y Chartres. En ellas, precisamente, estudió el Isaac de Stella, un autor no tan conocido como otros de su época, pero no por ello desmerecedor de un estudio profundo de su vida y su obra. Eso es lo que realizan Alexander Fidora y Maria Simone Marinho en «Iusta rationalem quam diximus nostram theologiam. Originalidad y alcance metafísicos de la teología racional de Isaac de Stella (? ca. 1178)» (pp. 109-125). El teólogo cisterciense realizó una fundamentación metafísica de la teología racional a partir de la lectura de la obra dionisiana y la dialéctica aunando así «dos posturas tan divergentes como lo son la teología dionisiana cultivada en San Víctor de un lado y la reflexión sobre las causas de la filosofía natural de Chartres del otro».

Pero si hay un autor que sabe hacer una lectura dionisiana del neoplatonismo y fue rescatado en el siglo XII, fue el irlandés Escoto Eriúgena. Alfons Puigarnau realiza un pertinente estudio sobre uno de los temas que, no por ser conocido, no ha de ser recordado, sobre todo, si se hace de modo original, abordando el estudio del tapiz de la creación conservado en la catedral de Gerona: «Juan Escoto Eriúgena y la estética del siglo XII» (pp. 127-147).

Los dos siguientes estudios abordan el tema de la relación entre el lenguaje y la realidad. Por su parte, José Ángel Cuadrado aborda con seriedad, eso sí con alguna laguna bibliográfica, el tema «Lógica, gramática, metafísica. La distinción ‘nombre’ y ‘verbo’ en Pedro Abelardo» (pp. 159-194). Y Enrique Camilo se centra en el otro gran autor dialéctico: Anselmo de Aosta. «*Significatio et appellatio*. El lenguaje de la individuación en Anselmo de Canterbury» (pp. 195-210). Una temática que será de gran importancia junto con el objeto de estudio del siguiente trabajo de Elisabeth Reinhardt «La metafísica de la *persona* en Ricardo de San Víctor» (pp. 211-230), en la filosofía del siglo siguiente. No está de más recordar, que el siglo XIII no es tan solo el siglo de Tomás de Aquino. El tema de la persona y la individuación conoce un desarrollo crucial, transmisor y, a la vez, original en la teología y la filosofía franciscanas, como es el caso de Alejandro de Hales, Odón Rigaldo, San Buenaventura y Duns Escoto.

Introduciéndonos en la problemática de la persona y su estatuto metafísico termina la primera parte, dando pase a una *Segunda Parte* centrada en la «Antropología en el siglo XII» (pp. 233-364). En este caso se trata de ocho estudios centrados en el tema del hombre. Silvana Filipini en «La moralidad de los actos humanos en la doctrina de Pedro Abelardo» (pp. 233-250) realiza un análisis de la ética del conceptualista a partir de su obra. El siguiente estudio de Rubén A. Pereté es, como reza el título, una «Aproximación al *De natura corporis et animae* de Guillermo de Saint-Thierry» (pp. 251-262), donde se concluye que esta obra puede considerarse una síntesis del pensamiento antropológico de su siglo.

«*Experto credere*, consideraciones sobre una antropología del deseo en san Bernardo de Claraval» (pp. 263-277), por Héctor J. Padrón, se centra en uno de los temas más apasionantes no solo de la antropología, sino de la espiritualidad medieval, con un trasfondo metafísico de gran calado y una trascendencia que aún hoy podríamos importar. El estudio de la antropología del cisterciense se completa con el análisis de Francisco Rego, compañero de Padrón de la universidad de Cuyo. En concreto, «Elementos de antropología en Bernardo de Claraval. Algunas dificultades» (pp.279-299) se centra en un problema de expresión sobre la conjunción de alma y cuerpo en el santo. Ambos compuestos humanos parecen, a veces, como si se trataran de realidades distintas. Se presenta un dualismo que, sin embargo, es ficticio, pues en realidad se trata, según este estudio, de coprincipios presentes en el ser humano.

El profesor Juan Cruz se centra en el gran inspirador de la metodología escolástica: Pedro Lombardo. Sus *Sentencias* dieron mucho juego, y siguen proporcionando un material de estudio nada desdeñable. Una de las cuestiones tratadas es la de la diferenciación entre varón y mujer en el ser humano (lo que hoy diríamos el problema del género). En «Visión integral de la mujer. Una reflexión desde Pedro Lombardo» (pp. 301-317), el autor acierta al vincular la profunda dignidad de la mujer en la consideración humana de ser «imagen de Dios». No podemos negar la contextualización antropológica medieval para lo bueno y para lo malo. El hecho de que el ser humano estuviera debidamente enraizado en esta época no justifica todas sus afirmaciones, entre otras cosas porque no es necesario. En ese error caen quienes intentan hacer relecturas sobre ciertos temas puntuales desde parámetros actuales. En este caso el autor hace bien en situar el contexto del varón y la mujer en esta época, pero no caigamos también en el mismo error que intentamos erradicar. Pues el equívoco consiste en extrapolar afirmaciones.

El penúltimo estudio sobre la filosofía del siglo XII, es un curioso estudio sobre un personaje (una religiosa benedictina) no muy conocido: «Porque yo soy la vida. Hiedgarda de Bingen y una pintura ¿metafísica?» (pp. 319-333) de Azucena A. Fraboschi. Por su parte, el último estudio de Laura E. Corso, «Teoría de la realidad y antropología ciceronianas en la concepción de la virtud de Alanus de Insulis» (pp. 335-348), es uno de esos estudios en los que se pueden observar las raíces latinas de los autores medievales, sobre todo en el terreno de la raíz filosófica de las virtudes.

Finalmente, el último trabajo ya excede el siglo XII, por eso no lo incluyo en el contenido del libro. Es una especie de *excursus* de Alice Ramos sobre uno de los conceptos más importantes en la teología antropológica de los autores medievales y de gran raigambre medieval: «*Mensura*: un concepto neoplatónico en Tomás de Aquino» (pp. 349-364). Un concepto reelaborado por los grandes maestros parisinos del siglo XIII, que la «esponja» que es el santo dominico, asumirá lógicamente.

Podemos afirmar al final de la lectura de este libro que nuestros buenos augurios se han ido confirmando poco a poco, a la par que se iban desgranando los estudios. Una obra de tratamiento plural, que contribuye de manera importante al conocimiento de un siglo del que se ha afirmado que «constituye una *cumbre* en la historia del pensamiento medieval» (cita de S. C. Ferruolo, en la presentación de la editora, p. 9). Un libro que justifica un Proyecto de Investigación y que enriquece, y no sólo engrosa, como a veces ocurre, una nutrida colección medieval.

MANUEL LÁZARO PULIDO

AVICENA (*Ibn Sīnā*). *Cuestiones divinas (Ilāhiyyāt)*. *Textos escogidos*. Edición de Carlos A. Segovia. Clásicos del pensamiento. Biblioteca Nueva, Madrid, 2006, pp. 196.

Abū ‘Alī ibn Sīnā o Avicena (980-1037), nacido cerca de Bujāra, actual Uzbekistán, compuso, entre sus numerosas obras, una, tal vez de las más importantes y voluminosa (seis volúmenes de la edición latina de 1972-1989), titulada *Kitāb āl-šifā’ (Libro de la curación)*, dividida en tres partes: Lógica, Física y Metafísica. A esta última sección la llamó *Ilāhiyyāāt* que se podría traducir por *Cosas Divinas, Teología o Metafísica*, la cual contiene diez libros. Esta tercera parte, había sido traducida últimamente por M. Horten al alemán (1907), por G.C. Anawati al francés (1978-1985) y por O. Lizzini al italiano (2002) habiendo hecho una amplia antología M. Cruz Hernández en español en 1950.

Carlos A. Segovia, teniendo en cuenta estas versiones pero, sobre todo, traduciendo directamente del texto árabe editado por M.Y. Mūsā, S. Dūnyā t S. Zayd en 1960 hace una selección de pasajes en español de los libros I, VI, VIII, IX y X.

La traducción va precedida, primero, de una amplia biografía de Avicena, en que señala con precisión aquellos momentos y circunstancias de su vida que influyeron en su pensamiento, terminando con un listado de las obras del autor. Segundo, sigue con un planteamiento objetivo, claro y profundo del contenido de la Teología o Metafísica de Avicena, junto con una exposición de la problemática que encierra, señalando con precisión las complejas fuentes de su pensamiento, a saber: el neoplatonismo, el aristotelismo, la teología mu‘tazilí, el pensamiento iraní preislámico, la gnosis oriental y la propia religión islámica. Todo ello hace que la filosofía aviceniana haya dado lugar a múltiples interpretaciones y que haya influido, particularmente, en el pensamiento iraní musulmán (por ejemplo en Suhrawardī y Mullā Sadrā) y, traducido al latín hacia 1150, en la filosofía cristiana occidental, en particular, en ciertos aspectos de la teología de Santo Tomás, y en Duns Escoto y en el llamado «agustinismo avicenizante» por E. Gilson, todo lo cual señala en esta introducción Carlos A. Segovia. Tercero, explica el por qué ha seleccionado esos textos y no otros; parte de la base de que son los más significativos para ver los fundamentos de la metafísica aviceniana. Cuarto, ofrece una amplia bibliografía sobre Avicena. Finalmente, termina con un cuadro cronológico de los acontecimientos ocurridos desde el 945, poco antes del nacimiento de Avicena, hasta 1150 en que se hacen en Occidente las primeras traducciones al latín de las obras de Avicena. Este cuadro simultánea en paralelo los hechos ocurridos en el mundo islámico y en Europa.

Finalmente a lo largo de cien páginas se encuentran los pasajes de Avicena cuidadosamente seleccionados y traducidos con muy esmerado criterio acompañados de notas a pie de página